

EL OLVIDADO

De Damaro se contaban muchas leyendas. Todas coincidían en que era un gigante monstruoso, sediento de sangre. Pero no dejaban de ser parte de la antigua mitología de Grecia.

Eso creía la gente, hasta que un siniestro día del año 2.008, lo vieron salir de la solitaria isla en la que se decía que llegó a habitar, y cruzar el mar. De allí se dirigió hacia otra isla cercana, que arrasó, y de camino aplastó a varios barcos de pesca. Fueron tres siniestros días, durante los cuales, el gigante lo destrozó todo, e incluso devoró a muchas personas.

No tardó en enviar la incrédula armada griega a un buque guardacostas para ver el destrozo que el monstruoso ser había causado. Este, en cuanto vio al barco, le lanzó varias rocas, sin conseguir alcanzarlo. Entonces se puso a nadar hacia el, para darle el mismo trato que dio a los infelices pesqueros. Afortunadamente, la rápida velocidad del buque le permitió meterse en aguas profundas en las que el gigante se movía con torpeza.

Este no se arredró ante eso, pero a los pocos minutos tuvo que desistir. Para su sorpresa, la potencia de las máquinas del buque eran superiores a sus fuerzas. El guardacostas, pese a tener un armamento modesto, usó su ligero cañón contra él, fallando en el intento, pero impresionando al extraño ser. Al mismo tiempo apareció en el cielo un helicóptero militar, que usó sus ruidosas ametralladoras contra él.

Damaro, al verse atacado, se retiró a su isla, y decidió meditar. Su sed de sangre lo impulsó a portarse como una bestia. Ahora decidió entrar en razón.

¿Qué hacía allí? ¿De dónde venían ese barco y esa máquina voladora que habían osado atacarle? Y lo peor de todo es que contra lo que creía, no era inmortal. Estaba herido y sangraba. A lo lejos se divisaban otros barcos más grandes y era de esperar que estuvieran mejor armados que el anterior. El coloso tenía funestos presagios.

Meditando estaba, cuando oyó una voz familiar a sus espaldas.

-¿Te acuerdas de mí?

No muy lejos de donde se encontraba, pudo ver a un anciano, acompañado de un numeroso séquito. Sus tristes caras le eran familiares. Todos vestían a la antigua usanza de la Grecia clásica.

-¡Zeus! ¡Eres tú!

-Así es, contestó el anciano. Supongo que a los demás ya los conoces, son el resto de los dioses del Olimpo. Hemos decidido unir nuestro destino al tuyo.

El asombrado gigante no entendía nada. Era lógico; se había llevado muchos años durmiendo en las entrañas de la tierra.

-¡Oh, dios Zeus! Dime ¿De donde han salido esos hombres? ¿Por qué esas máquinas disparan unos proyectiles tan peligrosos? Lánzales un rayo, oh inmortal dios, y destrúyelas ya, antes de que nos destruyan ellos a nosotros.

El dios de la blanca barba, exclamó, suspirando con tristeza:

-Tiempo hace ya, que perdí mis poderes. Es el castigo de la gente cuando deja de creer en ti. La sucesora de Grecia, Roma, nos elevó a mayor gloria, adaptándonos como dioses suyos, pero con otros nombres. Pero eso no impidió que el dios de los cristianos nos venciera y arrojara al abismo del olvido. Solo somos recuerdos. Nadie nos reza ni adora. Por ese motivo, hemos perdido nuestros poderes.

-¡No me puedo creer lo que dices! Pero cuéntame ¿Qué me ha pasado? ¿Por qué he despertado de mi larguísimo sueño?

-Mala memoria tienes, Damaro. Pero es de esperar que tras más de 2.488 años dormido, hayas olvidado lo que pasó. Te explico:

Fuiste el protector de esta isla, a la que hiciste grandes favores. El último de ellos fue librarlos de la invasión de la detestada Persia. Y como recompensa, el gobernador, quiso premiarte. Tu le pediste un poco de vino de Beocia. Más la población, excesivamente contenta contigo, no te regaló un poco, sino un enorme tonel, que trabajosamente hicieron para ti.

Bebiste, excesivamente, y en tu borrachera no te privaste de matar como una bestia. Eso me obligó a usar mis poderes para dormirte durante un año por cada habitante muerto, como castigo.

El gigante se echó las manos a la cabeza.

-¡Ahora lo recuerdo! ¡Yo era un hombre bueno, y en mi curiosidad por probar el vino de los mortales, fui muy cruel ¿Por qué este castigo, ingrato Zeus? Debiste haberme matado, en vez de dormirme durante tantos años.

-No quise matarte porque estabas bebido. No me parecía justo acabar con tu vida. Pensé que cuando despertaras serían mejores tiempos. Pero no fue así. Cuando el cristianismo nos expulsó de los altares, decidimos unirnos a ti, para estar todos juntos.

-¿Juntos para qué?

El barbudo Zeus alzó la mirada hacia el horizonte, al tiempo que miraba a los barcos de guerra y a los ruidosos helicópteros, acercarse, mientras el sol se ocultaba.

-Juntos para el momento final. Has despertado la ira de los mortales, que acabarán contigo, y de paso, a nosotros ¡Mejor que sea así! Es preferible morir a vivir despreciado. Ya queda poco. Definitivamente, pronto seremos solo historia....o mitos.

FIN